

# Mito y realidad de la “cultura política latinoamericana”

ELÍAS JOSÉ PALTÍ





# **Mitos y realidad de la "cultura política latinoamericana"**

**Debates en IberoIdeas**



Elías José Palti  
(Organizador)

Mitos y realidad de la "cultura política  
latinoamericana"

Debates en IberoIdeas

promcteo  
libros

Feres Junior, Joao

Mito y realidad de la cultura política latinoamericana : debates en IberoIdeas / Joao Feres Junior ; Antonio Annino ; Elías José Palti. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-312-3

1. Sociología Política. I. Antonio Annino, II. Palti, Elías José

III. Título

CDD 306.2

Cuidado de la edición: Magalí C. Álvarez Howlin

© De esta edición, Prometeo Libros, 2022

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

[www.prometeoeditorial.com](http://www.prometeoeditorial.com)

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados

# Índice

Presentación y agradecimientos . . . . .	9
Elías J. Palti: Introducción. La cultura política latinoamericana como problema . . . . .	11
João Feres Junior: La historia de un contraconcepto: <i>Latin America</i> en Estados Unidos . . . . .	25
Comentarista: Noemí Goldman Respuestas: João Feres, Pablo Vagliente.	
Antonio Annino: El Paradigma y la Disputa. Notas para una genealogía de la cuestión liberal en México y América Hispánica . . . . .	45
Comentarista: Hilda Sabato Respuestas: Antonio Annino, José Ma. Portillo Valdés.	
Elías J. Palti: Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana . . . . .	81
Comentarista: Rafael Rojas Respuestas: Érika Pani, Roberto Breña, Elías Palti.	
Ana Carolina Ibarra: Autonomía e independencia en la crisis del orden virreinal . . . . .	117
Comentarista: Javier Fernández Sebastián. Respuestas: Elías Palti, Javier Fernández Sebastián, Alfredo Ávila, Rodrigo Moreno, Ana Carolina Ibarra, Gabriel Entin.	
Roberto Breña: El liberalismo (hispánico) como categoría de análisis histórico; algunas tensiones con la historia de los conceptos y con la historia de los lenguajes políticos . .	155

Comentarista: Alexandra Pita.

Respuestas: Javier Fernández Sebastián, Elías Palti, Roberto Breña.

Érika Pani: ¿La voz de la Nación? Los dilemas  
de la representación política (México, 1808-1867) . . . . . 187

Comentarista: Catherine Andrews.

Respuestas: Érika Pani, Marcela Ternavasio.

Hilda Sabato: El experimento republicano  
en Hispanoamérica. Un ejercicio de síntesis . . . . . 209

Comentarista: Carlos Marichal.

Respuestas: Roberto Breña, Hilda Sabato.

8) Marcela Ternavasio: Limitar el poder: un dilema republicano.  
Reflexiones sobre el caso rioplatense durante  
la primera mitad del siglo XIX . . . . . 237

Comentarista: Beatriz Rojas.

Respuestas: Elías Palti, Marcela Ternavasio.

## Presentación y agradecimientos

El presente volumen recoge los debates realizados a lo largo de dos años en el foro *Iberoldeas*. El mismo se creó en el año 2006 como resultado de una iniciativa surgida en el Congreso anual de la *History of Social and Political Concepts Group* realizado en Rio de Janeiro, sirviendo desde entonces como órgano de expresión, intercambio de ideas y difusión de su sección Iberoamericana. Para su realización se contó con el auspicio de El Colegio de México, La Universidad del País Vasco, la Pontificia Universidad Católica de Rio de Janeiro y la Universidad Nacional de Quilmes, de la Argentina. Dicho foro cuenta actualmente con más de trescientos miembros de América Latina, Europa y Estados Unidos.

La propuesta original para este primer debate en el foro fue poner en discusión la idea de la existencia de una "cultura política latinoamericana". Para ello reunimos una serie de textos recientes que consideramos fundamentales al respecto y propusimos a sus autores que los sometan a debate en el mencionado foro. Se trata, en general, de versiones condensadas de textos mayores publicados o presentados en distintos ámbitos académicos, pero que su sola reunión entendimos que servía para ofrecer una perspectiva mucho más rica y plural de una problemática común. Y, por otro lado, su posterior debate y contraste con especialistas y estudiantes de diversas procedencias disciplinares, geográficas e institucionales permitiría, a su vez, aclarar y desarrollar, o eventualmente cuestionar, los argumentos y líneas interpretativas que allí se presentan. Estamos convencidos, en fin, de que se trata de un debate imprescindible, ya que en él se convierten en objeto de escrutinio crítico algunos de los supuestos fundamentales sobre los que se fundan hoy las perspectivas historiográficas acerca de la historia política latinoamericana.

En efecto, la existencia de una "cultura política latinoamericana" parece ser un tópico ineludible para los especialistas, puesto que sólo la apelación al mismo permitiría entender y explicar las peculiaridades del desarrollo institucional en esta región. Así, la oposición entre la cultura política local y su contraparte europea o norteamericana ha sido un lugar común en la literatura especializada, que recoge, de hecho, una larga tradición que arranca en tiempos de la Independencia (y aún antes). Sin embargo, por detrás de este consenso aparentemente unánime, pueden percibirse desplazamientos y aun profundas divergencias, normalmente inadvertidas, y que a lo largo del presente debate habrán de hacerse manifiestas y tornarse objeto de análisis.

Queremos aquí simplemente agradecer a sus autores, a los comentaristas, a los participantes en el debate y a todos los miembros del foro que siguieron atentamente el mismo desde lugares tan remotos. A ellos está dedicado el presente volumen.

# Introducción

## La cultura política latinoamericana como problema

*Elías José Palti*  
UBA / UNQ / CONICET

El tópico de la existencia de una cultura política singular en América Latina, no sólo tiene larga data, sino que remite en todos los casos a un patrón común. La misma va a aparecer siempre como la contracara de otra cultura política opuesta, la europea o la norteamericana, y va a recoger normalmente aquellos atributos negativos que, si no están ausentes en esta última, son percibidos como aspectos marginales suyos, formando parte de un pasado oscuro ya superado, la prehistoria de la democracia liberal moderna que sólo allí encontraría un ámbito apropiado en que prosperar.<sup>1</sup> La literatura especiali-

---

<sup>1</sup> En el campo más general de la ciencia política, la noción de "cultura política" o "cultura cívica" fue introducida en los años '60 por Gabriel Almond y Sydney Verba en *The Civic Culture. Political Attitudes and Democracy in Five Nations* (Princeton: Princeton University Press, 1963), aunque el término fue anticipado por Almond en su artículo "Comparative Political Systems, *Journal of Politics* xvii. 3 (1956): 391-409. Según señala Verba, el mismo hace referencia, al "sistema de creencias relativo a los distintos tipos de interacción e instituciones políticas" [Verba, "El estudio de la ciencia política desde la cultura política", *Revista de Estudios Políticos* 138 (1964): 177]. Estos autores retoman allí postulados de la sociología funcionalista desarrollada por Talcott Parsons, definiendo tres tipos básicos de cultura política: parroquial, de súbdito y de participación. El objetivo último suyo era identificar aquellas sociedades cuya cultura política era más afín con los valores democráti-

zada se desplegará así toda ella en función de esta antinomia entre Europa (o Estados Unidos) y América Latina, términos que aparecerán como encarnando, respectivamente, el *logos* y el *pathos*.

Según la expresión de Roberto Schwarz, la democracia liberal moderna sería, en América Latina, una "idea fuera de lugar". Y este desajuste entre las ideas y la realidad local explicaría las contradicciones a las que se enfrentaría la región en su larga lucha por consolidar regímenes políticos estables y adecuados a su naturaleza y necesidades particulares. La Constitución brasileña de 1824 es, para Schwarz, el caso paradigmático de las contradicciones en las que solían incurrir aquellos que pretendieron ya muy tempranamente implantar en la región esquemas políticos avanzados para su tiempo. Siguiendo el modelo de la Carta de derechos francesa, ella declara en su preámbulo que todos los habitantes del país son libres e iguales, desconociendo llanamente, pues, el hecho de que, en ese entonces, aproximadamente una tercera parte de la población brasileña se encontraba sumida en la esclavitud. La excentricidad a la que conduce el afán de imitación, la adopción indiscriminada de ideas liberales extranjeras inadecuadas a la realidad local parece evidente. No bastará para remover esta certidumbre la comprobación de que tales "contradicciones" brasileñas no tenían nada de singular, de que, por ejemplo, el propio "padre" del liberalismo inglés, John Locke, haya sido accionista de la *African Royal Company* (dedicada a la trata) y defensor acérrimo de la esclavitud, al igual también que George Washington, quien fuera él mismo propietario de esclavos, así como la mayoría de los líderes independentistas y presidentes norteamericanos de la época. En todo caso, se trataría del lado oscuro del liberalismo europeo y norteamericano que habrá pronto de superarse, mientras que aquí permanecerá, recurriendo siempre bajo nuevas formas.

Corrientes más recientes, marginales, en realidad, en su mayor parte desprendimientos de las teorías dependentistas, y en cuyo límite —que se roza ya con lo paródico— se encuentran la escuela "culturalista" promovida por Richard Morse y las diversas vertientes de la llamada

---

cos, es decir, las que poseían una "cultura cívica" o "cultura de participación". Para una reseña de las diversas críticas que recibió esta teoría, véanse Joan Botella, "En torno al concepto de cultura política; dificultades y recursos", en Pilar del Castillo e Ismael Crespo, eds., *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos* (Valencia: Tirant lo Blanch, 1997), 17-37. Agradezco a Patricia Arroyo Calderón haberme facilitado el material relativo al tema.

"filosofía latinoamericana" (y cuyos últimas estribaciones entroncarán con las perspectivas "postcoloniales" hoy en boga en Estados Unidos) buscarían dislocar esta tendencia denigratoria (y autodenigratoria) confiriendo atributos positivos a este *pathos* que supuestamente identifica desde sus orígenes a la cultura política latinoamericana. No obstante, estas valoraciones opuestas se apoyan aún sobre la misma antinomia de base, la cual, lejos de debilitarse, se refuerza. En uno y otro caso el supuesto sigue siendo el mismo: que la presencia de una suerte de esquizofrenia política local, un divorcio entre los regímenes políticos y la realidad social, dará lugar también a una cultura política particular, marcada por un permanente desajuste respecto de sí misma.

El poder explicativo de estas perspectivas culturalistas resulta, en verdad, más que dudoso. Como señala Alan Knight en un artículo reciente, este tipo de explicaciones resultan mayormente circulares; suelen adoptar la forma de que si una región se vio afectada por frecuentes levantamientos es porque la población local tiene una cultura levantisca; en fin, tendrían siempre un carácter marcadamente tautológico.<sup>2</sup> Por otro lado, es muy fácil descubrir los fuertes contrastes que se esconden por debajo de la uniformidad aparente del tópico. La constancia del supuesto desajuste entre la realidad local y el ideal de democracia moderna escamotea profundas divergencias y aún contradicciones fundamentales respecto de cuál es ese modelo supuesto que se toma en cada caso como parámetro para medir los

---

<sup>2</sup> Alan Knight, "¿Vale la pena reflexionar sobre la cultura política?, en Cristóbal Aljovín de Losada y Nils Jacobsen, *Cultura política en los Andes (1759-1950)* (Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2007), 41-80. Knight omite, sin embargo, señalar que lo mismo ocurre también con las explicaciones "objetivas" del tipo de las materialistas. Las mismas suelen tomar la forma de que, si una revolución se produjo, es porque las condiciones materiales para su realización estaban dadas. Inversamente, si la misma dio lugar a una crisis política, como en el caso latinoamericano, esto se debería a que fue prematura, que las fuerzas productivas no se habían aún desarrollado suficientemente o no habían dado lugar a la formación de una clase que llevara a cabo ese proceso revolucionario. No es necesario insistir sobre el carácter tautológico de este razonamiento: ¿cuánto se deben desarrollar las fuerzas productivas para hacer posible una revolución democrática existosa?, ¿cómo determinarlo? Sólo podría hacerse de forma retrospectiva, lo que vuelve a estas explicaciones perfectamente circulares.

desajustes locales. Tales divergencias resultan, sin embargo, inabordables dentro del tópico, puesto que llevaría inevitablemente a poner en cuestión la premisa de la que parte: el supuesto de la existencia de algún sustrato cultural que identificaría a la cultura política latinoamericana a través de las épocas, lugares y ámbitos de articulación, y explicaría, en última instancia, las vicisitudes de su historia efectiva. En definitiva, desnudaría el hecho de que el tópico de la existencia de una cultura política latinoamericana no es más que un mito.

Mejor dicho, la presencia de tales divergencias respecto del supuesto carácter de la cultura política local no podría abordarse desde el interior del tópico, sino únicamente como expresando una serie de malentendidos respecto de esa verdadera cultura política local que el autor en cuestión se propondría descubrirnos. Ciertamente, no es esto lo que el debate que aquí se reproduce busca: refutar las ideas erróneas y revelar-nos la verdadera naturaleza de la cultura política local. Pero tampoco busca denunciar el carácter mítico de esta empresa. Sería equivocado tomar el "y" que lleva el título del presente volumen, "Mitos y realidad de la cultura política latinoamericana", como marcando una disyunción. Señala, más bien, una conjunción. Más allá de las profundas divergencias que puedan descubrirse respecto de cuál sería esa supuesta "cultura política latinoamericana", de la naturaleza del desajuste entre sus sistema político y la sociedad y la cultura locales, del carácter "mítico" del tópico (una construcción intelectual sin ningún referente cierto en la realidad que pueda identificarse) subsiste aún el dato de la persistencia con que estas sociedades insistieron en percibirse como desajustadas respecto de sí mismas. No deja de resultar inquietante el hecho de que en países tan diversos, sociedades complejas, en circunstancias tan cambiantes y épocas históricas muy alejadas entre sí, que tanto ciudadanos comunes como académicos provenientes de muy diversas escuelas, ideologías, tradiciones disciplinares, etc., hayan convergido todos, más allá de sus divergencias, hacia un mismo tópico. Su misma recurrencia en momentos, contextos y situaciones sumamente diversos resulta sugestiva y llama a su interrogación.

Dicha interrogación, sin embargo, sólo se abre a partir del momento de que descubrimos que el tópico de las ideas fuera de lugar no recoge simplemente un dato de la realidad. Sólo entonces tal recurrencia se vuelve llamativa, algo que demanda su investigación. Ello instala una diagonal a partir del cual se habrán de resituar los estudios acerca de la cultura política latinoamericana. La pregunta

que plantea es cómo funcionan en su imaginario sociedades que se conciben como siempre desfasadas respecto de sí mismas, marcadas por un desajuste crónico entre sus sistemas institucionales y su realidad social, entre el mundo de las ideas y su cultura local. Es decir, no basta con desmontar el tópico y revelar el carácter mítico de esas construcciones intelectuales. No se trata, en fin, de oponerle a ellas otras percepciones alegadamente menos míticas o fieles a la realidad. De lo que se trata aquí es de ver cómo estos mitos son, no obstante, reales en tanto que tales. Más allá de que sean ciertos o no en cuanto a sus contenidos, son siempre verdaderos, tienen repercusiones concretas en la realidad, condicionando el accionar de los actores.

En definitiva, el tópico de las "ideas fuera de lugar" tiene algo de profecía autorrealizada. El presente volumen no se propone tanto desmontarlo sino, por el contrario, tratar de dilucidar qué posibilita, a qué tipo de saberes habrá de dar lugar, qué género de interrogantes planteará, cómo demarcará un terreno para la definición de las problemáticas políticas, en fin, cómo tales percepciones afectarán el discurso político y reformularán los modos en que los actores habrán de abordar las cuestiones que, en cada caso, los ocuparán. Pero también qué obstaculiza, qué impide ver, cómo volver objeto de análisis aquellos que constituyen sus puntos ciegos inherentes.

En primer lugar, como vimos, éste impide abordar el propio tópico como tal. En la medida en que naturaliza el supuesto de la existencia de una cultura política local, de un desajuste entre el sistema político y la realidad social latinoamericana, cierra las puertas a toda interrogación acerca de su misma realidad, toma simplemente por un dato obvio aquello que éste contiene de más llamativo y enigmático: su recurrencia a lo largo del tiempo y los diversos contextos, esta capacidad de reformulación en condiciones cambiantes para servir a cometidos muy diversos preservando sus mismos marcos dicotómicos originarios. En segundo lugar, qué otros horizontes posibles de lectura de la historia política latinoamericana se nos abren cuando escapamos de dichos marcos, qué tipo de problemáticas nuevas se nos plantean. Y, fundamentalmente, cómo se reformularán los enfoques a la historia política local una vez que ésta pierde aquella singularidad con que se la percibía de acuerdo con el mismo, cuando se la arranca del lugar en que éste la ha colocado de mera anomalía local, sin ninguna significación para la historia política moderna occidental, y se la reinscribe como parte integral suya. Ciertamente, no se pre-

tende aquí haber agotado el conjunto de cuestiones, las cuales son, como vemos, inmensamente vastas e intrincadas, pero entendemos que las páginas que siguen abren un debate necesario y ofrecen pautas fundamentales para avanzar en su exploración.

La serie comienza con el trabajo de João Feres titulado "La historia de un contraconcepto: Latin America en los Estados Unidos" en el que su autor analiza cómo se conformó una idea de *Latin America* en Estados Unidos. Para eso parte de la categoría propuesta por Reinhart Koselleck de "contraconceptos asimétricos", conceptos que se definen por su mutua oposición; es decir, que uno de ellos recoge los atributos negativos que son la contracara del otro. En este caso, *Latin American* funcionará como un contraconcepto del *American*, y, de este modo, la definición de ambos quedará íntimamente asociada. Feres comienza su trazado analizando ciertas percepciones sociales peyorativas de los latinoamericanos añejas en Estados Unidos, para luego observar qué tipo de inflexiones sufren las mismas cuando se trasladan al ámbito académico de ese país, sobre todo luego de la Revolución cubana, que da lugar a una difusión de los estudios sobre la región en el ámbito de los *Area Studies* surgidos allí en la segunda posguerra.

Feres trae así las modulaciones producidas en el concepto de *Latin America* en el marco de las distintas teorías que dominaron sucesivamente el campo, comenzando por las teorías del desarrollo y siguiendo por las teorías críticas de ella: la de la estabilidad democrática, la de la dependencia de inspiración marxista, así como la teoría "corporatista" fundada en los tipos ideales weberianos. Finalmente, analiza los manuales de texto universitario que se utilizan hoy allí como bibliografía básica para los cursos de historia y cultura latinoamericanas. Como señala, de su análisis surge como dato sugestivo el hecho de que las recomposiciones operadas (la más fundamental de las cuales es que, una vez trasladado al ámbito académico, pierde el tinte racial que tenía tradicionalmente), las mismas se producen, sin embargo, todas dentro del interior del propio tópico. La categoría de *Latin American*, una vez convertida en objeto de estudio académico, lejos de debilitarse, se ve reforzada en su carácter de contraconcepto asimétrico. Feres concluye señalando la importancia para la historia intelectual de estudiar el régimen de funcionamiento de estos conceptos, cuales distan del de los conceptos políticos y sociales tradicionales, puesto que no comparten alguna de sus características distintivas (como es su "contestabilidad", etc.).

El debate que siguió se concentró en torno a un aspecto particular. El trazado que realiza Feres, según se señala, dejaría de lado la presencia en Estados Unidos de otras tradiciones de interpretación de América Latina, muy distintas de aquellas en las que él se concentra, siendo que alguna de ellas, de hecho, han idealizado la región. Dentro de este marco, cabría también analizar el surgimiento de los así llamados "estudios postcoloniales". El interrogante que aquí se plantea es hasta qué punto éstos producirían (o no) recomposiciones respecto de las visiones de América Latina ya alejadas del tópico y, eventualmente, cómo las mismas impactarían más allá del ámbito estrictamente académico alterando los imaginarios sociales.

El texto que sigue a continuación, "El Paradigma y la Disputa" de Antonio Annino, se remonta más atrás en el tiempo para rastrear los orígenes de la idea de la incompatibilidad entre los principios liberales y la cultura local. El punto de referencia ineludible aquí es ese Bolívar derrotado y escéptico retratado por García Márquez. Como muestra Annino, sin embargo, el modo de articular esta desilusión es particularmente sugestivo puesto que entronca y se inscribe dentro de una vertiente que fue, paradójicamente, aquella que fuera objeto de dura controversia por parte de quienes normalmente se los considera sus "precursores".

En efecto, en su intento de combatir los intentos de los pensadores ilustrados (entre los que se destacan de Pauw y Buffon) de institucionalizar en clave científica la "leyenda negra del Nuevo Mundo", distintos autores, particularmente los jesuitas exiliados en Italia, transitaron una línea opuesta a la que desplegarían luego de la independencia quienes la llevaron a cabo. Mediante una operación sutil, que hace de la refutación de las tesis ilustradas acerca de los efectos perversos de la naturaleza americana una denuncia del trato desigual que recibían los habitantes nativos por parte de España y Portugal, darán sustento ideológico a lo que Brading designaría como "patriotismo criollo". Esta "disputa por el Nuevo Mundo" no sólo le permite a Annino trazar los orígenes de varios de los tópicos sobre los que se fundaría en América Latina el discurso liberal, sino también señalar la profunda brecha que separará a éste del de sus alegados "precursores".

La fuente última de la que emana esa brecha Annino la sitúa en el proceso de secularización ocurrido en el periodo que media entre unos y otros. La nueva generación liberal ya no podrá disponer del esquema del Plan de Salvación como recurso para establecer un vínculo que

ligue sus propios proyectos políticos con las tradiciones y el pasado de la región. Y ello explicaría, a su vez, el sentimiento de extrañeza con que dichos proyectos serán percibidos por las poblaciones locales, y en definitiva, su fracaso último en consolidar un imaginario nacional. En todo caso, sin embargo, para Annino esto generaría tensiones fundamentales en el interior del propio proyecto liberal, en la medida en que se encontraba en conflicto con su propias premisas y con el concepto de la temporalidad histórica en que el mismo se funda.

El debate que sigue a este texto giró en torno de dos ejes: si puede realmente afirmarse que los liberales del siglo XIX permanecieron ajenos a la necesidad de establecer un vínculo con el pasado y las tradiciones a fin de dar origen a un imaginario nacional, y, ligado con lo anterior, si las resistencias que enfrentaron pueden interpretarse en términos de persistencias de un más antiguo imaginario patriótico criollo de matriz católica. En todo caso, en el curso de este debate surge claramente lo profundo de la ruptura producida hacia fines del siglo XVIII: las disputas analizadas cobran sentido en la medida en que operan sobre la base de la disolución no sólo de la monarquía compuesta sino, junto con ella, del conjunto de supuestos (incluidas nociones de la temporalidad, la soberanía, la legitimidad, etc.) sobre las que se fundaba la política y la sociedad del Antiguo Régimen.

Si el trabajo de Annino sitúa el tipo de motivos cuyo desarrollo Feres traza en la cultura norteamericana en un marco a la vez más amplio y local, el estudio de Elías Palti, "Tipos ideales y sustratos culturales en la historia político-intelectual latinoamericana", nos remite, en cambio, a los fundamentos conceptuales que encuentra dentro de un campo disciplinar específico: la historiografía de ideas latinoamericanas. Indaga allí en su interior para encontrar los fundamentos más precisos de esa ansiedad por las "particularidades locales" que permitan especificar las abstracciones genéricas de la historia universal de ideas. Siguiendo este postulado, explora las premisas teóricas de la historiografía de ideas para comprender qué función cumple en la economía de su forma particular de discurso, esto es, el esquema interpretativo organizado a partir de los "tipos ideales".

Esta ansiedad por las particularidades locales habría así de atravesar el espectro ideológico, lo que explicaría, para Palti, su recurrencia en perspectivas muy diversas e incluso claramente encontradas en cuanto sus contenidos, y también su fuerte pregnancia que le permite subsistir aún cuando los supuestos en que originalmente se fundaba perdieron

todo sustento. Minados los fundamentos esencialistas que conferían a las explicaciones culturalistas algún poder explicativo, el tópico de las "ideas fuera de lugar" se volvería él mismo en una "idea fuera de lugar", en un crónico desajuste respecto de sí, algo que no puede ya fundamentarse pero del que, aun así, no podría tampoco todavía prescindirse (al menos, no sin antes producir una reformulación fundamental del campo apartándolo ya de lo que constituyen las propias premisas conceptuales en que se fundara ¿y aún se funda? la disciplina).

Tres puntos merecieron aquí la atención de sus comentaristas. El primer aspecto cuestionable de este planteo es si no oblitera o resulta poco sensible a la pluralidad de perspectivas presentes hoy en el campo. En segundo lugar, surge una duda aún más crucial respecto de si es efectivamente posible dejar de lado los "modelos de pensamiento" como herramientas y puntos de partida, inevitablemente abstractos, de la investigación histórica, y que sólo se irían concretizando en el propio curso de la misma. Finalmente, surge aquí una discusión, que se desarrollará en el curso de posteriores debates, sobre la pertinencia de referir como "liberal" al tipo de formación ideológica que dominó al pensamiento político latinoamericano del siglo XIX.

Los trabajos que siguen se internan ya en aspectos y problemáticas particulares referidas a la historia política del siglo XIX latinoamericano. "Autonomía e independencia en la crisis del orden virreinal", de Ana Carolina Ibarra, se enfoca en el periodo de disolución del imperio hispano para abordar desde una perspectiva histórico conceptual la naturaleza de los discursos que acompañaron dicho proceso. En este marco, busca explorar qué sentido más preciso tenía entonces el concepto de "independencia" y trazar el derrotero por el que la idea de autogobierno iría cobrando forma en el pensamiento local, así como los diversos modos en que éste sería comprendido. En este sentido, el trabajo insiste en la imposibilidad de establecer definiciones unívocas para los conceptos en cuestión mostrando cómo su significado se iría desplazando según se alteraran los contextos dentro de los cuales fueron enunciados.

Aunque este postulado es también objeto de alguna crítica (puesto que se apoyaría sobre el supuesto de la posibilidad de distinguir claramente el "texto" del "contexto"), los comentarios posteriores retoman, básicamente, el mismo concentrándose en el intento de precisar cuál sería el contexto relevante para comprender el género de problemas que la definición del concepto de "independencia" plantearía hacia esos años, así como las ambigüedades que le eran intrínsecas.

Como resultado de ello podrá advertirse, sin embargo, cómo esta vocación de inscribir los usos de los conceptos en sus contextos particulares de enunciación hará crecientemente manifiesto, no ya tanto –o exclusivamente– la variedad y complejidad semántica que, en este periodo de crisis política, tendrán los términos en cuestión, la imposibilidad de fijarles un sentido que pueda dar cuenta de esta plétora de significaciones que le estaba adherida, sino, sobre todo, cómo esta imposibilidad se traduce en una dificultad concomitante –y no menos pertinaz– para determinar cuál es ese contexto que permitiría iluminar y comprender la mencionada diversidad.

Llegado a este punto, surgen, sin embargo, algunas reservas respecto de los aportes de los nuevos enfoques en el campo de la historia político-intelectual. El trabajo de Roberto Breña que le sigue, "El liberalismo (hispánico) como categoría de análisis histórico; algunas tensiones con la historia de los conceptos y con la historia de los lenguajes políticos", es él mismo un texto polémico acerca de muchas de las propuestas hasta aquí formuladas. Breña comienza con una advertencia respecto de los peligros de lo que considera una excesiva historización de ciertos conceptos, como el de liberalismo. La constatación de la gran diversidad de significados que encierra, dice, lleva, por un lado, a convertirlo en una categoría vacía, en la que podría entrar ya cualquier cosa, y, por otro lado, a una especificación contextual que obliga a crear categorías *ad hoc* para cada caso particular en que el término aparece.

Sin embargo, el argumento de Breña inmediatamente se desplaza hacia otro problema distinto, y aún más serio, que cree hallar en los nuevos enfoques: su tendencia a confundir los discursos con las prácticas (y, en definitiva, reducir las segundas a las primeras). Según señala siguiendo a Roger Chartier, unos y otras expresan órdenes de realidad diversos, obedecen a lógicas distintas entre sí, y se despliegan de acuerdo con temporalidades heterogéneas (el corto plazo, para las prácticas; el mediano plazo, para los lenguajes; el largo plazo, para las ideas). En definitiva, sostiene, las realidades históricas no se agotarían nunca en las representaciones que los actores se hacen de ellas.

La polémica que dicho texto suscitó se concentra en este último punto. La pregunta que recurre a lo largo del debate es si el planteo de Breña no termina recayendo en el tipo de antinomias (representaciones vs. realidades, idealismo vs. materialismo, etc.) que eran propias de la historia de ideas y que la nueva historia intelectual se propuso, justamente, desmontar. La misma puede, a su vez, desglosarse en dos: por

un lado, si estos nuevos enfoques han sido efectivos en este cometido, y, por otro lado, si este cometido es él mismo legítimo, si la distinción entre representaciones y realidades no debería, de algún modo, preservarse para distintos fines prácticos que hacen a la investigación histórica o, por el contrario, si no actúa como un obstáculo para la misma.

"¿La voz de la Nación? Los dilemas de la representación política (México, 1808-1867)", de Érika Pani, nos devuelve a una cuestión más específica que recorre el pensamiento político del siglo XIX así como los problemas de tipo teórico-metodológico que su estudio plantea. El análisis de los diversos modos en que fue encarada la cuestión de la representación política le permite a Pani trazar un tránsito complejo que no seguiría ningún patrón prefijado de antemano; cuyo resultado, en fin, será la resultante contingente de repuestas prácticas ensayadas en su transcurso frente al conjunto de problemas y desafíos hasta entonces inéditos que enfrentaron los actores del periodo. Como señala, la transferencia de la soberanía a la nación abrirá el interrogante de quién podría hablar ahora en su nombre. Dicho de otro modo, cómo procesar institucionalmente la pluralidad de voces para reducirla a una sola que sea unívoca, es decir, tornarla públicamente articulable, socialmente inteligible y políticamente expresable.

El cuadro que diseña Pani resalta la generosidad de los sistemas electorales instaurados en el región, pero, en todo caso, más allá de la amplitud o estrechez del sistema electoral yace una preocupación mucho más fundamental y compleja. En definitiva, representar la voluntad general no se reduciría nunca a la simple reproducción de la nación (sus apetitos e intereses inmediatos, necesariamente plurales y heterogéneos). Los comentarios de que su texto fue objeto harían surgir, sin embargo, otro aspecto. En última instancia, los mismos referirán no tanto a los modos de representación de la nación, sino a la naturaleza de los propios representados, cómo habrá de figurárselos e identificárselos. Los modos de su definición harían manifiestas, a su vez, las contradicciones presentes en el interior de la propia élite gobernante.

El trabajo de Pani, junto con los comentarios a que dio lugar, muestran así hasta qué punto el tópico de la persistencia de resabios culturales tradicionalistas no alcanza a dar cuenta del género de problemas suscitados en América Latina en el siglo XIX en el intento de articulación de un sistema político postradicional. El de Hilda Sabato que le sigue, "El experimento republicano en Hispanomérica. Un ejercicio de sínte-

sis", siguiendo con la cuestión de la representación y los mecanismos elección, comparte esta misma perspectiva señalando, a su vez, cómo, si bien los nuevos regímenes políticos siguieron funcionando sobre la base de las distinciones y jerarquías, éstas ya no tendrían nada en común con aquellas propias del Antiguo Régimen. Se tratarán, en todo caso, de jerarquías generadas en el seno del mismo sistema político, que no necesariamente guardarán, además, correspondencia unívoca con las asimetrías existentes en la sociedad. Pero Sabato nos descubre también algo más: por qué tampoco el postulado de una "modernidad alternativa" resulta adecuado o siquiera pertinente para el caso.

En efecto, Sabato señala la existencia de una ruptura crucial ocurrida hacia mediados de siglo XIX en los conceptos y los modos de ejercer la política. El laboratorio republicano latinoamericano será así escenario para el despliegue sucesivo de discursos profundamente divergentes entre sí, fundados en supuestos claramente diversos en cuanto a la naturaleza de la sociedad, las formas de articulación de la voluntad general, los mecanismos de su representación en el plano institucional, etc. Discursos, en fin, que no podrían englobarse bajo ningún modelo común de modernidad (alternativa o no) sin antes dejar de lado u ocultar todo lo que los separa entre sí, y que es, según surge de este trabajo, mucho más de lo que cualquier empresa efectiva de comprensión histórica podría soportar. Los comentarios a dicho texto señalan, básicamente, la necesidad de una comparación algo más precisa de la experiencia latinoamericana respecto de la europea contemporánea. Esto se ligaría, a su vez, a lo que en algunos de sus autores aparece como cierta exageración (quizás, como reacción ante las perspectivas escépticas dominantes) de las bondades de los sistemas políticos instaurados en la región.

En todo caso, también quienes insisten en este punto coinciden en que la imagen de la política latinoamericana del siglo XIX como aferrada a conductas y prácticas ajenas a los ideales republicanos, a todas luces contradictorias con los principios de la democracia representativa moderna, resulta ya insostenible. Es este punto también el que desarrolla el último de los trabajos discutidos en esta serie: "Limitar el poder: un dilema republicano. Reflexiones sobre el caso rioplatense en la primera mitad del siglo XIX", de Marcela Ternavasio. Según muestra, la instauración de poderes arbitrarios no era un valor compartido en la cultura política local. Y si los intentos de ponerles límites no siempre fueron efectivos, las razones de por qué fue así no

es sencillo de descubrir, algo que ya estuvo determinado a ser así por la propia cultura política local. En todo caso, los proyectos en este sentido revelarían dilemas que más que expresar pervivencias tradicionalistas o vocaciones caudillescas contradictorias con ellos, eran, más bien, inherentes a su propio concepto.

Como muestra Ternavasio, a lo largo del periodo analizado no podría evitarse que emergiera una y otra vez las disputas entre las distintas instancias de poder en torno a aquella cuestión crucial que la caída del orden tradicional había arrojado a la arena política: la cuestión de la soberanía, cómo localizarla; en fin, como señalaba Pani, quién podía hablar legítimamente en nombre de la voluntad general de la nación. Y lo que se encontraba allí en juego no era un asunto de orden puramente técnico. Según surge del debate que sigue, si dicha cuestión no podría ser resuelta era porque, en última instancia, toda definición al respecto haría manifiesto aquello que el artificio de la división de poderes buscaba, justamente, borrar: la paradoja de la existencia, por un lado, de sujetos soberanos que no pueden constituirse verdaderamente como tales y ejercer el gobierno; y, por otro, gobernantes que tampoco pueden convertirse en soberanos sin destruir las bases en que fundan su derecho para el ejercicio del poder. De allí que, más allá de las dificultades para su establecimiento, perdido ya todo vestigio de trascendencia del poder, el mecanismo de la división de poderes se colocará inevitablemente en el centro de los diseños institucionales que entonces se ensayen; éste se volverá al mismo tiempo un destino y un problema.

Como se intentó mostrar brevemente en esta introducción, los debates producidos en esta serie en el foro *Iberoldeas* han sido sumamente intensos y profundos, girando todos en torno a cuestiones absolutamente centrales en el debate historiográfico contemporáneo acerca del siglo XIX latinoamericano. Ello explica, entiendo, la amplia acogida que han tenido entre especialistas de diversos de países que se reunieron en torno del mencionado foro. El mismo brindó, de hecho, una oportunidad poco frecuente de debatir acerca de interrogantes comunes e intercambiar perspectivas de un modo sistemático y sostenido a lo largo de un tiempo prolongado, entre colegas y estudiantes de regiones y procedencias muy diversas. En lo personal, es para mí un placer presentar esta serie que, no dudo, será sumamente iluminadora para todos aquellos que quieran internarse en un conjunto de problemáticas en función de las cuales se desplie-

ga hoy la literatura acerca de este periodo, el siglo XIX, que, como reiteradamente se ha señalado, se convirtió en los últimos años en el más dinámico y prolífico en cuanto a aportes y hallazgos innovadores en el campo de la historiografía latinoamericanista.

## La historia de un contraconcepto: *Latin America* en los EE.UU.

João Feres Júnior  
Instituto Universitário de Pesquisas  
do Rio de Janeiro - IUPERJ

En este trabajo voy a presentar algunos de los resultados sustantivos de mi investigación sobre la historia del concepto de Latinoamérica en Estados Unidos, para después apuntar algunas posibilidades metodológicas abiertas por él. El trabajo entero abarca no sólo un análisis de la evolución temporal del campo semántico del concepto, sino también otros aspectos históricos que están directamente ligados a la conceptualización de Latinoamérica en los EEUU, principalmente la historia de las relaciones internacionales y la historia de las ciencias sociales en aquel país. Mi análisis del campo semántico se desplegó en dos planos, el del lenguaje cotidiano y el de los discursos de las ciencias sociales. Uno de los interrogantes básicos de investigación se refiere, precisamente, a las diferencias semánticas y retóricas de articulación del concepto de *Latin America* entre esas dos modalidades discursivas.

Nuestro análisis histórico de los usos del término *Latin America* en Estados Unidos en el lenguaje cotidiano ha identificado la presencia recurrente de tres tipos de lo que llamo oposiciones asimétricas: cultural, temporal y racial. O sea, "*Latin America*" ha sido definida como un Otro de una auto-imagen de "*America*" (EE.UU.) de manera claramente negativa, como católica, particularista y autoritaria, en oposición a una *America* protestante, universalista y democrática (oposición cultural); como primitiva, infantil, retrasada y subdesarrollada, en oposición a una *America* moderna, progresista y desarrollada (oposición temporal); y como oscura y mestiza en oposición a

una *America* anglo-sajona blanca (oposición racial). Aunque algunas de esas percepciones sean reflejos de la Leyenda Negra en Inglaterra que, por consiguiente, ya estaban presentes en Estados Unidos desde el periodo colonial, estos contenidos peyorativos fueron siendo depositados y reorganizados a lo largo del siglo XIX en el campo semántico del principal concepto que precedió a *Latin America*, a saber: *Spanish America*.

Latinoamérica ingresó en la lengua inglesa a comienzos del siglo XX y rápidamente absorbió la carga semántica negativa de su predecesor. Evidencias de ese fenómeno pueden ser encontradas en la literatura, discursos oficiales, el periodismo y otras fuentes. Un buen ejemplo es la amplia colección de caricaturas políticas (*cartoons*) presentada por John J. Jonson en su libro *Latin America in Caricature*. El autor seleccionó caricaturas sobre Latinoamérica que fueron publicados en periódicos y revistas de elite en EE.UU. desde fines del siglo XIX hasta la década de 1970. En la colección los *Latin Americans* y los personajes que representan las repúblicas son consistentemente dibujados como no-blancos, indios y muchas veces negros (OAR), como niños muchas veces perplejos y abobados (OAT), y también con trajes claramente no occidentales, agrícolas, y muchas veces tradicionales (OAC). En contraposición también clara a esos personajes, tenemos en los mismos dibujos figuras como el Tío Sam o algún presidente que representan a los EE.UU. Tipos adultos, maduros, vestidos con trajes occidentales y muy bien aliñados, y la mayoría de las veces en control de la situación.

Otro ejemplo muy significativo de la persistencia de la tres formas de oposición asimétrica en la conceptualización de Latinoamérica en el lenguaje cotidiano está dado por el *survey* hecho por el *Office of Public Opinion Research* en 1940, en el cual los entrevistados seleccionaron de una lista de 19 adjetivos aquellos más representativos de Latinoamérica.<sup>3</sup> Las respuestas fueron:

---

<sup>3</sup> Hadley Cantril, ed., *Public opinion, 1935-1946* (Princeton: Princeton University Press, 1951), 502.